

La valentía nos hace especiales.

Decía mi abuela que al hablar de los demás siempre es provechoso comenzar por sí mismo. Y es que no somos lo que somos sin la existencia del pasado, de la historia, del cúmulo de hechos y experiencias que trascienden y evolucionan hasta llegar a esto. A lo que somos. Nietzsche me hizo creer que el apego a la tradición no nos impide dar ese salto innovador que abre nuevas y mejores perspectivas o paradigmas que, aunque jamás serán como antes, tienen en esencia los mismos valores elementales que le dieron origen. El “*arado del mal*” es necesario para generar los cambios. La autonomía de la voluntad individual de cuya concepción surge la libertad e igualdad social son principios axiológicos que siempre formaron parte de mi crianza, una crianza que al mismo tiempo intentó eclipsar quien era, ocultar en mi propia consciencia, mi homosexualidad.

No es que mi relato de vida no tenga analogías en otros, en realidad lo que lo hace especial es que es común entre muchos que como yo se vieron en el deber existencial de construir de manera alterna una identidad sin referencias o información formal que permitieran dar conocimiento de lo que eran, o de lo que somos. Como sabemos esa situación conlleva a severos problemas de salud sexual además de una actitud ciudadana marginal, dejando en los demás lo que deberían ser decisiones propias. Cuando no se tiene certeza de quién se es muy difícilmente se puede expresar una voluntad cónsona con los deseos internos. Terminamos siendo sumisos inconscientes gracias a las precariedades educativas y culturales.

Aquella fue la génesis de mis conclusiones a mitad de mi proceso de aceptación, en un contexto social duro y machista que invita a reproducir patrones jerarquizados de género, incluso, dentro de lo que hoy reconozco como comunidad gay. En el pequeño pueblo donde nací y crecí al norte de Venezuela, en la emergente Suramérica, la homosexualidad sigue siendo una ciencia oculta tal como sugiere el historiador español Pablo Fuentes. Tan oculta es que aún no ha sido internalizada en muchos homosexuales, bisexuales o transgéneros que persisten en desconocer su naturaleza arropándose en categorías que emulan los roles y status reflejados en la “*moral sexual*” patriarcal.

Por este lado del mundo las premisas o máximas coloquiales son “*no dejas de ser hombre de verdad si dominas sexualmente a otro*” y “*más vale la vida de un asesino o ladrón que la de un marica*”. Así de distorsionada fueron mis primeras referencias sobre la diversidad sexual y de género, una diversidad de cierta forma tolerada socialmente, siempre que no dejes de actuar como “*macho*” o de asumir roles inferiores según tu “*naturaleza invertida*”. Hasta este punto el androcentrismo de mi historia es absurdamente obvio, pero así lo viví.

Con tan solo 15 años mi temor y confusión eran generados por el deseo de identificarme como hombre sin saber las razones que me llevaban a sentir atracción por otros de mi género, un deseo

que intentaba ignorar desde la infancia, ¿quería ser mujer? No, ¿entonces que era? Los dolorosos conceptos sobre la homosexualidad no se ajustaban a lo que yo realmente concebía. Devino mi iniciación sexual con un compañero de clase, a pesar que simultáneamente sostenía un noviazgo con una mujer, ni a aquél le confesé que me gustaban otros jóvenes de la escuela (o chamos como decimos aquí), pensaba que al mencionárselo dejaría de verme como “*hombre de verdad*” y seguramente no le atraería otra vez; se suponía que “*entre gays no se gustan*”. Me llegué a percibir superior como resultado de la banal virilidad de deseaba proyectar y que al otro parecía atraerle. Un planteamiento relacional ilógico y desquiciado desprovisto de afectos y madurez emocional que me hacía cada día más infeliz.

Llegaron las depresiones y los sentimientos de soledad, el miedo desapareció años después, pero el paso por la universidad definitivamente transformó todo en mí. Saber quién era vino de la mano con la literatura, los tratados de derecho, las teorías de emancipación y sobre todo las definiciones sobre categorías sexuales que afortunadamente, en la práctica, comencé a experimentar sin culpa. En ese entonces inició mi empírica rehabilitación, la homofobia interiorizada es una enfermedad que sin duda amerita ser tratada. Muchos gays necesitamos ser sanados, ¡Sí! sanados de los conceptos que nos llevan a la negación, a la inhibición, al bloqueo de afectos y a la supresión de una ciudadanía activa. Confieso que soy un homosexual rehabilitado de la homofobia que me impedía avanzar. Ahora con cinismo, el mismo machismo que me invisibilizó me intenta acusar de haber sido farsante, así es su estructura, solo excluye y prejuzga.

Comprendí que la felicidad misma no es el fin de la existencia humana; es su búsqueda la que se pretende. Nadie puede garantizarle felicidad a los demás pero encontrarla nos coloca en el plano de las oportunidades; serán las condiciones de realización personal las que permitan elegir a cada quien cómo vivir la vida. De tal manera que las opciones sexuales y de género se basan en la capacidad de “decidir”, una acción no arbitraria pero si plena que posibilita mostrarse según determina la autenticidad singular sin que ello signifique la merma de derechos.

Si la libertad de amar es tan sagrada como la libertad de pensar, como nos recuerda Víctor Hugo, será el pensamiento la base de lo considerado legítimo. Ello guarda la misma condición del amor, ¿Qué sentido tienen amar sino es libremente?, ¿Qué sentido tiene pensar si no es libremente? La educación crítica, abierta y plural trasciende en los individuos que para estos tengan la información que los hará capaz de decidir y, en consecuencia, otorgarle sentido a dichas acciones.

Desde aquella noción comencé ser activista gay llegando a presidir la Comisión de Derechos Humanos del Colegio de Abogados de mi ciudad, desde éste órgano logré con orgullo asesorar el primer proyecto de Ley de Matrimonio Igualitario de Venezuela. Erradicar definitivamente las

fobias a la diversidad sexual es la utopía por la que sueño cada día. Hoy cuando casi llego a los 30 años de edad junto a mi novio aportamos nuestro pequeño esfuerzo para que la familia de dos que conformamos tenga protección legal en una nación donde la crisis política no da señales de cesar. Más allá de la adversidad, la discriminación, la cultura machista, los errores de la tradición y las deficiencias educativas los homosexuales, bisexuales, lesbianas y transgéneros somos capaces de persistir en ser fieles y coherentes a nosotros mismos. No son las cifras o los casos de violencia lo que nos hace excepcionales, es la fuerza interna lo que nos define. En un mundo de apariencias e hipocresías el rechazo a lo genuino es síntoma de que lo estamos haciendo bien. En el fondo no es tan malo disentir, la valentía nos hace especiales.